



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10267

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 46 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 11 DE FEBRERO DE 1893

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmar tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recepción

Preparados para el moderno sistema. —Bombas Noel y otros sistemas para trapear. —Azufreadores, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor. —Desgranadores de panizo (6 fanegas por hora). —Embudos automáticos. —Tijeras para ventilador, poda, etc.—Arados de veldredera. —Espino artificial. —Patos, azadas, legones, todo acero. —Carrocerías y wagon.

INSTRUMENTOS DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castilla, 12

EL TREN

Iban solos, solitos senda adelante en busca del camino real y con el propósito, nada menos, de ver la feria del pueblo enclavado a la izquierda de la vía del ferrocarril. La distancia no era de monta; las casas de ambos lugares blancas y menudas, ceñidas de huertas y frutales, se contemplaban unas a otras desde ambos lados de los rieles, pero aun que lo hubiera sido, Crisós y los dos, en la plena libertad del campo, en contacto con la naturaleza, desde que echaron a andar a galas hacían lo que les viniera en gana sin que sus padres se preocuparan de ello. Vida de gozón, vida de chico de aldea, vida sana y bien entendida que desarrolló músculos de hierro y forma corazones grandes. Como las palomas del lugar pasabanse el día revoloteando con todos los demás ranos por las trochas y callejas del terruño y no aportaban al hogar un centavo, sino imitando a sus amiguitas amigas, a las horas de la algarroba y del nido, o dicho en otra forma, a comer y a dormir.



Pero en el alegre peloton de los muchachos del pueblo había, como es natural, preferencias é inclinaciones y ambos solían constituir rancho aparte. El, era un niño de diez años, fuerte y musculoso, de mirar rápido y de ademanes resacillos, con cierto extraño reflejo de sosiego reflexivo en el rostro, con algo de firme en los ojos, en los que se adivinaba el primer albor, albor temprano, de una voluntad que prometía ser de acero; ella era un angel de siele primavera, tímido y débil, poquita cosa, con unas pupilas muy asustadas y muy dulces y una sonrisa muy tierna. Fuera parte de la distinta expresión de la cara y del diverso color de los cabellos, bastaba, sin embargo, considerarles de una ojrada para descubrir su cercano parentesco: hermanos. La

misma manera de hablar, idénticas facciones, iguales gestos.

Aquella mañana estaban los dos jugando a la puerta de su casa, entre las gallinas y los cerdos, mal avenidos con el corral y empuñados al colarse por el portón, cuando el muchacho se acordó de algo gratisimo que le sacó a la cara una profunda alegría:

—Oye, ¿quieres que nos marchemos a la feria de enfrente sin que nadie lo huela?

Así habló el rapaz. Al oír la proposición la hermanita, brincó de gusto y replicó mas alegre que unas castañuelas:

—¡Vamonos, vámonos!



Alisbarca si andaba su madre á los alcances y seguros de que no había escapatoria serió que se ocultara á la escapatoria echaron huyendo como dos personas mayores por una calleja, gozando de anteaño con lo que iban a ver, con los columpios, con el ultramarino, con las tiendas de juguete, con toda aquella gloria que el domingo de inauguración disfrutaban en la compañía de sus padres. ¡Meca-chis! Sólo les faltaba dinero para comprar algo. En fin, contaban con la promesa de una muñeca y de un sable y ya se los mercarían si Dios quiere. Lo que harían ahora sería escoger el regalo. ¡Justo! Así podrían decir luego el que les gustaba. Pero entonces se descubría la excursión. ¡Bah! ¿Y qué? Igual daba que vagaran por un lado que por otro. ¡Sin embargo! ¡No no! Era preciso callarse. Sus correrías llegaban á un límite: tenían prohibido terminantemente atravesar la vía del ferrocarril.

Tal cortapisa les surgió con mayor fuerza en la memoria al enfilar a la carretera. Una nube de aldeanos de los contornos se dirigía con sus vacas al mercado de la feria. En cuanto alcanzaba la vista solo se distinguían campesinos y reses ya sueltos, ya por parejas, ya en grupos; algunos venían de bastante lejos. Claro, entre los viandantes no faltaban los vecinos de su pueblo. Nada, que iban á ser vislos y aunque su padre no tenía este año ganado que vender, y se había marchado al día siguiente al de la inauguración á comprar ovejas á la sierra, ya se encargaría cualquier sopión de irle a la oreja con el cuento. Era preciso prescindir del paso á nivel del camino real; cruzar por otra parte. El atajo que seguían terminaba en el lugar de la flesta, salvando la línea

ferrea por un sitio solitario que ellos sabían de sobra. ¡Como que por él lo pasaban siempre de sonsoniche!

Ala que al pasar de alguna piedra que oírse los ruidos, azotando los helesos, jugando con la trocha, siguiendo con la vista el vuelo de alguna codorniz que se remontaba de improviso continuaron su ruta pensando en la feria y



gozando del sereno sol de la mañana. Un pie tras otro llegaron en estas á la vía del ferrocarril que pasaba por allí, hundándose en la cortadura de un terraplén. Al otro lado del talud continuaba la senda pero no frente por frente á la desembocadura de la que la línea cortaba, sino treinta ó cuarenta pasos mas allá, por estorbarlo un peloton de alisos surgiendo de una base de maleza. Los chicuelos, bajaron, pues, al repetito y se dirigieron por entre los dos vieles que reduciañados por la clara luz, á tomar la salida de la segunda parte de la vereda.

De pronto, a los dos ó tres pasos, oyeron ambos á sus espaldas el sibato de una locomotora. Volvieronse súcitamente. La línea describía allí una curva y no se veía el convoy, pero coronando el talud asomaba un borbotón de humo blanco muy cerca; el tren se les echaba encima. El muchacho no se aturdió; el terraplén era suave y fácil de subir; tenía además del tránsito escavados en su declive varios canales chicos; grilote, pues, á la niña; y de un salto se plantó a buena recando en la cuestecilla. Pero se plantó sólo. La chicuela, alerrada, sobrecojida, sin alientos, se quedó en mitad de la vía, inmóvil, rígida, tiesa, hecha una estatua, incapaz de levantar un pie, con los ojos llenos de un tremendo espanto. ¡Dios mío! ¡Su pobre hermanita que le miraba con una angustia enorme, como pidiéndole que no la abandonase!



El rapaz no vaciló. Antes era ella. De un brinco tornó a la línea, pegó un empujón á la muchacha que fué á parar tiesa al terraplén sobre el que rodó y sin darle tiempo a mas dobló el talud el tren á todo vapor, rugiente y espantoso, y arrolló al sublime niño desahaciéndole en pedazos el tierno cuerpo mientras su alma grande y heroica volaba arriba regocijada por su sacrificio y satisfecha de su abnegación.

Alfonso Pérez Nieva

(Prohibida la reproducción)

Nuevo triunfo de la seroterapia.

La erisipela y la fiebre puerperal.—Descubrimiento del doctor Marmoreck.—Éxito definitivo.

El telégrafo anunció hace pocos días que uno de los profesores del Instituto Pasteur, el doctor Marmoreck, había descubierto un suero capaz de combatir el «streptococcus», microbio productor de la erisipela, el flemon, la infección puerperal, la difteria y, en ocasiones, las anginas.

Además, y como si esto no fuese bastante, el «streptococcus» es el principal agente de las «colonias» más ó menos graves que contribuyen á complicar la fiebre tifoidal, la escarlatina, la viruela, el sarampión, etc., y á él se deben los casos de infección en las operaciones quirúrgicas, que, por fortuna, son raras, después del descubrimiento de la antisepsia.

La importancia del «streptococcus» es muy grande, puesto que es causa directa de un gran número de enfermedades mortales, con frecuencia, y aguda de un gran número de afecciones infecciosas.

El microbio en cuestión es, según ha dicho el doctor Marmoreck á un periodista de París, un ser que aparece en el campo del microscopio como una serie de guanos de trigo unidos por las puntas, ó como una especie de eslabones de una cadena.

El hombre es más sensible á la acción del «streptococcus» que los demás animales, y la menor falta contra la antisepsia, la más leve herida, ocasionan á veces una afección mortal.

Según el «sabio francés», el procedimiento de inoculación consiste en inyectar bajo la piel una dosis de cultivo concentrado, muy débil al principio, y en repetir las inyecciones cuando el animal se ha restablecido, aumentando progresivamente la cantidad, de modo que á cada inoculación siga una reacción enérgica.

La operación se repite unas veintidós veces, y siempre en dosis crecientes de cultivos violentos.

Al cabo de estas veintidós operaciones, que duran un año, el sero sirve para inmunizar, y puede hacer á un animal refractario á la infección del «streptococcus», siempre que se le inocule una cantidad de suero equivalente á treinta milésimas del peso del animal.

Los resultados del procedimiento son admirables.

La erisipela cede en seguida. Las bronco-neumonías, tan frecuentes en los niños, se curan siempre, así como la difteria, de la que mueren algunos enfermos tratados por el suero de Roux, porque en ella hay una complicación producida por el «streptococcus». Aplicando los dos sueros no ocurren accidentes.

El suero del doctor Marmoreck sirve

también para las infecciones quirúrgicas, los flemones, la septicemia determinada por una herida en el curso de una autopsia. Es inofensivo y puede inocularse en los niños, en los ancianos y los débiles.

Si los efectos de la invención de este suero son tal y como afirma su autor, la Doctrina de Pasteur estará nuevamente confirmada, y millares de personas deberán su salud al ilustre discípulo de aquel sabio inmortal.

Póngase el remedio

Nuestro colega madrileño «El Ejército Español», se ocupa en uno de sus últimos números de las angustias que pasan las infelices viudas de los oficiales muertos en la campaña de Cuba, para conseguir cobrar las cantidades que las están asignadas y de lo injusto que resulta el que, por deficiencias de la ley, tengan que esperar largo tiempo á que se fustelvan los interminables expedientes que las acreditan su derecho á percibir su viudedad, y «en el caso de alguna que ha renunciado á las pagas de tocás porque los «abumentos» que se la exigen importaban más que aquéllas».

Tiene sobradísima razón el colega para lamentarse como se lamenta, de que las viudas y huérfanos de nuestros héroes muertos en campaña, se vean precisados á entregarse en las voraces manos de los «retores» para conseguir lo que tan de derecho les debe la patria, por quien han derramado la sangre sus padres y esposos.

Por que no son tan grandes los sueldos de la oficialidad, nuestro ejército que puedan aborrazar lo suficiente para que, do morir, puedan sus esposas ó hijos gozar tranquilamente que las oficinas del Estado resuivian en punto expedientes lo que hayan de percibir.

No creemos tampoco que el remedio sea tan difícil, y encontramos muy aceptable el siguiente medio que propone el periódico militar.

«No es difícil. ¿Qué ha de ser difícil? Que por una disposición equitativa y bien meditada, las pensiones, al igual de los retiros, se concedan en forma provisional, previa notificación al ministro de la Guerra por el jefe del causa habiente, en que dé cuenta de su fallecimiento, interin por quien correspondiente, se le asigne la definitiva.»

Después de los tristes espectáculos que hemos anunciado en los pasados días, de infelices soldados que al regresar de la guerra heridos ó enfermos han tenido que implorar la «caridad» pública para poder regresar á sus pueblos; es de lamentar lo que denuncia «El Ejército Español», y justo, muy justo será, que el señor ministro de la Guerra, vea el modo de poner el oportuno remedio para evitar esa vergüenza á la patria, que tan generosamente hace el sacrificio de sus hijos.

TIJERETAZOS

Los periódicos americanos no se cortan.

Y como se ha establecido en la Habana la censura telegráfica, han prescindiendo del telégrafo y se inventan ellos las noticias.

«Pero qué noticias! Uno de aquéllos colegas, gran amigo de fantasías trágicas y una y carne de los separativistas, ha dado á la faz del orbe la nueva de que Macao y Maximó Gómez tienen situada la Habana, en la que entrarán de un momento á otro.

Y ha sido oportuno el periódico americano; pues mientras él consideraba á los insurrectos dando el «asalto» y á los